

MARINOS ILUSTRES



El Capitán General de la armada D. Ignacio María de Álava y Navarrete

1750 á 1871

Nació en Vitoria en el año de 1750.

Dedicándose á la carrera de la Armada, sentó plaza como guardia marina en Cádiz, y sólo apuntaremos por ahora los hechos más culminantes de su historia militar.

En el año de 1782 asistió al sitio de Gibraltar; en 1791 estuvo en la defensa de Orán, y después de viajar por la América del Sur, el Pacífico, las islas Marianas y Filipinas, que defendió contra los ingleses, tomó parte muy activa en el combate famoso, tanto como funesto, de Trafalgar.

En aquella memorable acción, era Alava y Navarrete segundo jefe de las fuerzas españolas, y se batió denodada y heroicamente en el navío *Santa Ana*.

En el año 1817 fué ascendido á capitán general de la marina española, y poco tiempo después, en aquel mismo año, falleció en Chiclaña; tal es a grandes rasgos la biografía de este marino ilustre.

También figura entre sus servicios el haber asistido á la ocupación de Tolón como mayor general de la escuadra cuando la guerra contra los franceses, y que en distintas ocasiones recorrió la América del Sur y las costas del Pacífico.

Es muy notable el viaje que hizo con una expedición de tres navíos y tres fragatas que, mandadas por Alava, salieron de Cádiz el 30 de Noviembre de 1795 y que recorrió las costas de Chile y del Perú, pa-

sando por el cabo de Hornos, y desde el Callao de Lima hicieron derrotero á las islas Filipinas, tocando en las Marianas.

Salió la escuadra de Manila después de haber visitado las islas de China y mucho, puertos de ellas poco conocidos entonces, llegando de regreso á Cádiz el 15 de Mayo de 1803.

Consta también que siendo solo alférez de fragata, asistió á la conquista de la colonia del Sacramento, con motivo de la guerra que por entonces sostuvo nuestra marina contra Portugal.

El 20 de Mayo de 1777, desembarcó en la colonia citada con don Pedro Ceballos, mandando una pequeña fuerza, reuniéndose en total unos 3.000 hombres escogidos.

Abierta trinchera, se levantaron dos baterías, y simulando un falso ataque al baluarte del Carmen, se dirigió el verdadero contra la cortina de la puerta principal, que vino á tierra en gran parte, dejando practicable una anchurosa brecha.

El gobernador de la plaza D. Pedro José de la Roche, quiso entablar negociaciones, tan sólo para ganar tiempo, esperando ser socorrido; más conociéndolo Ceballos, exigió la entrega á discreción en un breve plazo, teniendo el jefe portugués que rendirse en 4 de Junio, quedando prisionero con otros 1.000 hombres que constituían la guarnición, y dejando en poder de los españoles 135 cañones, 800 barriles de pólvora y considerable número de efectos.

En 1775 se encontró en la desgraciada expedición de Argel para la cual se preparó y armó en el puerto de Cartagena una escuadra de 46 buques, de los cuales eran ocho navíos y otras tantas fragatas, á las órdenes de D. Pedro Castejón que embarcó 22.000 hombres al mando del general O'Reilly; la expedición zarpó el 23 de Junio fondeando el primero de Julio en la bahía de Argel.

El caudillo español había cifrado el buen éxito de la empresa en el sigilo con que debía llevarse á cabo; así que, al arribar á las costas africanas, vióse desagradablemente sorprendido con el espectáculo de gran número de campamentos que coronaban las colinas comprendidas entre Argel y el cabo Mitafuz, demostrándole que los moros estaban bien preparados y apercebidos á la resistencia.

Perplejo el general O'Reilly, solo después de una semana de vacilaciones, más perjudiciales todavía, ordenó el 8 de Julio el desembarco.

La primera división fuerte de 8.000 hombres lo efectuó á legua y

media de Argel, entre la plaza y el río Jarache, y avanzó imprudentemente hasta las alturas inmediatas, que ocupaba el enemigo oculto entre los matorrales, cortaduras y caseríos, donde se había fortificado.

Los moros dejaron que los españoles se adelantaran confiados, y cuando los tuvieron cerca, salieron de pronto de sus reparos, haciéndoles retroceder con grandes pérdidas, hasta las mismas orillas del mar, rehaciéndose allí protegidos por la segunda división que acababa de desembarcar.

Levantadas á toda prisa algunas trincheras de arena, muy imperfectas y defectuosas, resistieron nuestros soldados y marinos por algún tiempo á los argelinos, pero agobiados de calor y por el cansancio, acorralados en la playa y diezmados por el horroroso y mortífero fuego que de todas partes se les hacía, tuvieron que reembarcarse, dejando allí 1.500 cadáveres, entre ellos el del general Caro, que mandaba la vanguardia, muerto al frente del regimiento de dragones de Almansa.

Los heridos, en número de 3.000 pudieron ser recogidos en las naves, gracias al valor de las tropas y de los marinos que protegían la operación, en la que se distinguió mucho Alava.

La escuadra arribó á Cartagena y Alicante, causando en España dolorosa impresión la noticia del desastre.

Siendo ya teniente general y segundo jefe de la escuadra española, se halló en el combate naval del cabo Finisterre, que vamos á relatar ligeramente.

Cuando la escuadra combinada de los almirantes Villeneuve y Gravinga se dirigía desde la Martinica al Ferrol para hacer rumbo desde este último punto al canal de la Mancha y coadyuvar al grandioso proyecto de Napoleón, de desembarcar en Inglaterra con 150.000 hombres, al llegar á la altura del cabo de Finisterre avistó á sotavento la escuadra inglesa del almirante Calder.

Se componía la primera de 20 navíos de línea, seis de ellos españoles, *Argonauta*, *Terrible*, *España*, *Andrieu*, *San Rafael* y *Firme*; la enemiga, de 15 navíos y otros buques.

Villeneuve desplegó en línea de batalla á barlovento del enemigo desde su orden de marcha en tres columnas, tomando la vanguardia la escuadra española, y al ver que la inglesa maniobraba con intención de doblar la retaguardia, el almirante francés hizo la señal de virar, ejecutándola los españoles, únicos que se batieron con todas las naves

de Calder, perdiendo los navíos *Firme* y *San Rafael* que quedaron desarbolados, sin que Villeneuve hiciera nada por salvarlos.

Se encontró luego Alava en Trafalgar, llevando su insignia en el navío *Santa Ana*, de 120 cañones y 1.118 hombres de dotación; además del general D. Ignacio M. de Alava, jefe de la vanguardia que resultó retaguardia en el combate, mandaba el navío D. José Gardoqui, teniendo este buque que sostener el ímpetu de la columna inglesa de Collingwood y defenderse con el *Fogueux* y el *Monarca* del *Royal Sovereing* y de otros cuatro enemigos, siendo tal el estrago que hacía la artillería del *Santa Ana* y el peso de sus proyectiles, que su primera andanada hizo escorar al *Royal Sovereing* sobre la banda opuesta hasta descubrirse dos tablones, sufriendo después tales destrozos, que Collingwood tuvo que abandonar, en medio del combate, su airoso buque completamente desmantelado. No quedó mejor parado el *Santa Ana*; sin palos y sin timón, con tres heridas graves el general Alava, herido también Gardoqui, muertos cinco oficiales y otros 97 individuos, además de 141 heridos, hubo de rendirse.

En el temporal que ocurrió después de la batalla, en los días 21, 22 y 23, se aprovecharon los españoles que habían quedado á bordo, del apuro de sus guardianes, á los que intimaron la rendición, y ayudados por la fragata francesa *Themis*, rescataron el navío, arbolaron la bandera española y el *Santa Ana* entró en Cádiz remolcado por dicha fragata. Se fué á pique en 1816 en la Habana. En el museo naval hay un modelo de dicho barco con el número 727.

Ya hemos dicho que Alava falleció en Chiclana, en 1817, siendo capitán general de la armada, y solo nos resta añadir que ha dejado gratisimos recuerdos en la marina de guerra, que le considera como uno de los más ilustres generales de su tiempo.

MANUEL DÍAZ Y RODRÍGUEZ

Madrid, Mayo de 1903